



El malentendido

Camus

EL MALENTENDIDO es una de las más celebres piezas teatrales de Albert Camus (1913-1960), cuyo talento literario y sensibilidad se centraron siempre en la complejidad, la ambigüedad y la riqueza de la condición humana. Sus obras dramáticas se revelan como un medio especialmente eficaz para desplegar conflictos ideológicos y éticos a través de personajes veraces y situaciones límite. En esta obra, escrita durante la ocupación alemana en Francia, un destino no sólo ciego, sino también voluntariamente cruel, convierte en criminales a seres inocentes.

*A mis amigos
del «Théâtre de l'Équipe»*

El malentendido se representó por primera vez en junio de 1944 en el Théâtre des Maturins, dirigido por Marcel Herrand.

Personajes

MARTA

MARÍA

LA MADRE

JAN

EL CRIADO ANCIANO

Acto I

Mediodía. Cuarto de estar de la posada. Es una estancia clara y limpia. Todo está muy ordenado.

Escena primera

LA MADRE

Volverá.

MARTA

¿Se lo ha dicho?

LA MADRE

Sí. Cuando tú te has ido.

MARTA

¿Volverá solo?

LA MADRE

No lo sé.

MARTA

¿Es rico?

LA MADRE

No le ha importado el precio.

MARTA

Mejor que sea rico. Pero es necesario que esté solo.

LA MADRE (*Con hastío.*)

Solo y rico, ya. Y entonces vuelta a lo mismo.

MARTA

Pues sí, vuelta a lo mismo. Pero merece la pena el esfuerzo. (*Un silencio. MARTA mira a su madre.*) Madre, está usted rara. De un tiempo a esta parte, no la reconozco.

LA MADRE

Estoy cansada, hija mía, eso es todo. Me gustaría descansar.

MARTA

Si es por eso, puedo ocuparme yo de todas las faenas de la casa. Así dispondrá usted de todo el día para descansar.

LA MADRE

No me refiero exactamente a esa clase de descanso. Qué va, son sueños de anciana. Sólo aspiro a tener paz, un poco de sosiego. (*Esboza una débil sonrisa.*) Resulta tonto decirlo, Marta, pero hay noches en que casi me tira un poco la religión.

MARTA

No es usted tan vieja como para llegar a ese extremo, madre. Le quedan cosas mejores que hacer.

LA MADRE

Si ya sabes que bromeo. Pero, en fin, cuando se llega al final de la vida, bien puede una tomarse un respiro. No puedes pasarte la vida siendo tan rígida, tan dura, Marta. Ni tampoco es propio de tus años. Conozco a muchas chicas de tu edad que sólo piensan en hacer locuras.

MARTA

Nada son las locuras de esas chicas comparadas con las nuestras, bien lo sabe usted.

LA MADRE

Dejemos eso.

MARTA (*Lentamente.*)

De pronto parece que haya palabras que le quemén en la boca.

LA MADRE

¿Y qué más te da a ti eso, si no retrocedo ante los actos?
¡Pero es igual! Sólo quería decirte que a veces me gustaría verte sonreír.

MARTA

Alguna vez sonrío, se lo juro.

LA MADRE

Yo no te he visto nunca.

MARTA

Es que sonrío en la habitación, cuando estoy sola.

LA MADRE (*Mirándola con atención.*)

¡Qué rostro tan duro el tuyo, Marta!

MARTA (*Acercándose y con calma.*)

¿O sea que no le gusta mi cara?

LA MADRE (*Sin dejar de mirarla, tras un silencio.*)

Creo que sí, a pesar de todo.

MARTA (*Agitada.*)

¡Ah, madre! Cuando hayamos juntado mucho dinero y podamos abandonar esta tierra sin horizontes, cuando

dejemos atrás esta posada y esta ciudad lluviosa, y cuando hayamos olvidado este país lóbrego, el día en que por fin estemos frente al mar, con el que tanto he soñado, ese día me verá usted sonreír. Pero hace falta mucho dinero para vivir libre ante el mar. Por eso no deben darnos miedo las palabras. Por eso hemos de ocuparnos de ese hombre que tiene que venir. Si es lo bastante rico, tal vez mi libertad empiece con él. ¿Ha hablado mucho rato con usted, madre?

LA MADRE

En total, apenas dos frases.

MARTA

¿Qué cara ponía cuando le ha pedido la habitación?

LA MADRE

No lo sé. Veo mal y no lo he mirado con atención. Sé, por experiencia, que es mejor no mirarlos. Es más fácil matar a quien no se conoce. *(Pausa.)* Alégrate, ya no me dan miedo las palabras.

MARTA

Mejor así. No me gusta hablar con segundas. El crimen es el crimen, hay que saber lo que se quiere. Y me da la impresión de que usted sabía eso, hace un rato, puesto que le ha venido a la cabeza, al contestarle al viajero.

LA MADRE

No me ha venido a la cabeza. He contestado por costumbre.

MARTA

¿Por costumbre? ¡De sobra sabe usted que apenas hemos tenido ocasiones!

LA MADRE

Ya. Pero la costumbre empieza a partir del segundo crimen. Con el primero, no empieza nada, acaba algo. Además, aunque se hayan presentado pocas ocasiones, han pasado ya muchos años, y la costumbre se ha fortalecido con el recuerdo. Sí, ha sido la costumbre la que me ha movido a contestar, la que me ha advertido que no mire a ese hombre y la que me ha confirmado que tenía cara de víctima.

MARTA

Madre, tendremos que matarlo.

LA MADRE (*Más quedo.*)

Sí, claro, tendremos que matarlo.

MARTA

Lo dice usted de una manera muy rara.

LA MADRE

Pues porque estoy cansada, y porque al menos me gustaría que fuera el último. Matar es tremendamente fatigoso. Lo mismo me da morir frente al mar que en medio de nuestras llanuras, pero lo que sí quiero es que después nos marchemos.

MARTA

¡Nos marcharemos, y será un momento maravilloso! Anímese, madre, que hay poco que hacer. Ya sabe que ni siquiera tendremos que matarle. Se tomará su té, se dormirá y, vivo todavía, lo llevaremos al río. Dentro de mucho tiempo lo encontrarán pegado a una presa, junto con otros que no habrán tenido la misma suerte y se habrán arrojado al agua con los ojos abiertos. El día en que vimos cómo limpiaban la presa usted misma me dijo, madre, que los nuestros son los que menos sufren; la

vida es más cruel que nosotras. Anítese, que por fin podrá descansar y huiremos de aquí.

LA MADRE

Sí, me animaré. La verdad es que a veces me alegra pensar que los nuestros nunca han sufrido. Es apenas un crimen, sólo una intervención, un ligero empujón con el dedo que les damos a vidas desconocidas. Y es verdad que aparentemente la vida es más cruel que nosotros. Puede que por eso me cueste sentirme culpable.

(Entra EL CRIADO ANCIANO y se sienta detrás del mostrador, sin decir una palabra. No se moverá hasta el final de la escena.)

MARTA

¿Qué habitación le damos?

LA MADRE

Cualquiera, con tal de que sea en la primera planta.

MARTA

Sí, la última vez nos costó demasiado bajarlo por las escaleras desde el segundo piso. *(Se sienta por primera vez.)* ¿Es cierto, madre, que allá la arena de las playas te hace quemaduras en los pies?

LA MADRE

Ya sabes que no he estado nunca allí. Pero me han dicho que el sol lo devora todo.

MARTA

He leído en un libro que se come hasta las almas y que los cuerpos quedan resplandecientes, pero vacíos por dentro.

LA MADRE

¿Es eso lo que tanto te ilusiona, Marta?

MARTA

Sí, estoy harta de cargar con mi alma; tengo ganas de encontrar ese país donde el sol mata las preguntas. Mi morada no es ésta.

LA MADRE

Desgraciadamente, antes tenemos mucho que hacer. Si todo va bien, iré contigo, claro. Pero yo no tendré la sensación de dirigirme a mi morada. Al llegar a cierta edad, no existe morada donde sea posible descansar, y ya es mucho haber podido levantar esta mísera casa de ladrillo, repleta de recuerdos, donde a veces logras dormirte. Pero, por supuesto, tampoco estaría mal poder alcanzar a la vez el sueño y el olvido. *(Se levanta y se encamina hacia la puerta.)* Prepáralo todo, Marta. *(Pausa.)* Si es que de verdad merece la pena.

(MARTA la mira salir. Acto seguido sale ella por otra puerta.)

Escena 2.^a

EL CRIADO ANCIANO se acerca a la ventana, divisa a JAN y a MARÍA, y se oculta. EL ANCIANO permanece solo en escena durante unos segundos. Entra JAN. Se detiene, echa una mirada en la habitación, ve al anciano detrás de la ventana.

JAN

¿No hay nadie?

(EL ANCIANO le mira, cruza el escenario y sale.)

Escena 3.^a

Entra MARÍA. JAN se vuelve bruscamente hacia ella.

JAN

Me has seguido.

MARÍA

Perdóname, ya sé que no debía seguirte. Me marcharé enseguida. Pero déjame ver el lugar donde te dejo.

JAN

Pueden venir, y entonces no podré hacer lo que tengo pensado.

MARÍA

Démonos al menos la oportunidad de que venga alguien y de que yo revele quién eres, aunque sea contra tu voluntad.

(JAN se vuelve. Pausa.)

MARÍA *(Mirando a su alrededor.)*

¿Es aquí?

JAN

Sí, es aquí. Por esta puerta salí, hace veinte años. Mi hermana era una niña. Estaba jugando en ese rincón. Mi madre no vino a darme un beso. Entonces creía que me daba lo mismo.

MARÍA

Jan, me resisto a creer que no te reconocieran hace un rato. Una madre siempre reconoce a un hijo.

JAN

Hace veinte años que no me ve. Yo era un adolescente, casi un chiquillo. Mi madre ha envejecido, ya no ve bien. A mí mismo me ha costado reconocerla.

MARÍA (*Con impaciencia.*)

Lo sé, has entrado, has dicho: «Hola» y te has sentado sin reconocer nada.

JAN

Me fallaba la memoria. Me han recibido sin abrir la boca. Me han servido la cerveza que he pedido. Me miraban sin verme. Ha sido todo más difícil de lo que me imaginaba.

MARÍA

Bien sabes que no era difícil y que bastaba hablar. En un caso así se dice: «Soy yo», y todo vuelve al orden.

JAN

Ya, pero yo había dejado volar mi fantasía. Me esperaba casi el festín del hijo pródigo y todo se ha reducido a una cerveza a cambio de mi dinero. Estaba emocionado, no he podido hablar.

MARÍA

Hubiera bastado una palabra.

JAN

No me ha salido. Pero, en fin, tampoco hay tanta prisa. He venido aquí a traerles mi fortuna y, si puedo, la felicidad. Cuando me enteré de la muerte de mi padre, comprendí la responsabilidad que tenía contraída con las dos, y estoy aquí para cumplir con mi deber. Pero supongo que regresar al hogar no es tan fácil como se cree, y que lleva su tiempo convertir a un extraño en un hijo.

MARÍA

Pero ¿por qué no anunciaste tu llegada? Hay casos en los que no queda más remedio que actuar como todo el mundo. Cuando uno quiere que le reconozcan, se da a conocer; la cosa cae de su propio peso. Aparentando ser quien no se es, lo único que puede conseguirse es armar un embrollo. ¿Cómo no van a tratarte como a un extraño en una casa donde te presentas como un extraño? No, no, todo esto no lleva a nada bueno.

JAN

Vamos, María, tampoco es tan grave. Además, el que haya sido así favorece mis planes. Aprovecharé la ocasión para verlas un poco desde fuera. Así podré valorar mejor cómo hacerlas felices. Luego ya veré el modo de darme a conocer. En definitiva, se trata de encontrar las palabras adecuadas.

MARÍA

Modo sólo hay uno: hacer lo que haría cualquiera en tu caso, decir: «Aquí estoy», y dejar que hable tu corazón.

JAN

El corazón no es tan sencillo.

MARÍA

Pero sólo utiliza palabras sencillas. Y no costaba tanto decir: «Soy tu hijo, ésta es mi mujer. He vivido con ella en un país que nos gustaba, frente al mar y el sol. Pero no era lo bastante feliz y ahora os necesito».

JAN

No seas injusta, María. No las necesito, pero he comprendido que ellas sí me necesitaban y que un hombre nunca está solo.